

# LOS AVENTUREROS

Vol. V. Núm. 28

SEPTIEMBRE 1989

## TAM-TAM



NAMIBIA



TOTEM



XINJIANG



HOGGAR

Hace un año, el 15 de septiembre de 1988, se ponía a la venta en el Reino Unido e Irlanda THE ADVENTURERS, la versión inglesa de LOS AVENTUREROS. Son dos hermanas con mucho en común pero también con sus respectivas peculiaridades. Hay zonas del mundo que atraen más a los ingleses y otras a los españoles, alemanes, franceses o italianos. La bicicleta todoterreno es la favorita de los británicos en este momento, mientras que al español le va más la piragua o el trekking. Pero, sea lo que sea, el espíritu que anima a los aventureros, independientemente de su origen, es su amor a la aventura. Deseamos a THE ADVENTURERS que cumpla muchos años con la misma calidad que, mes tras mes, ofrecen su equipo y los aventureros que acuden a nuestra oficina en los Docklands.

Annick Duval ha vivido una aventura de tipo «Miami Vice». Se encontraba con sus dos hijos en un vehículo de alquiler y recorría, despacio y por su derecha, de noche, una avenida de Tampa (Florida) buscando la residencia universitaria donde su hija se alojaba. Repentinamente apareció una patrullera que le dio el alto a grito pelado, mientras varios policías, pistola en mano y apuntándole a la cabeza, la apremiaban para que saliese del vehículo con las manos en alto. Por más que dijo ser extranjera, no hacían caso. Para entonces estaba acorralada por seis coches de la policía que la habían rodeado y apuntaban con focos y armas a nuestra redactora-jefe, a su hija de veinte años y a su hijo de dieciséis. «Cref que me atacaban bandidos, no policías.» Deshecho el entuerto, el sheriff le conminó «a no caminar tan despacio pegada al borde de la acera». Todavía le dura el susto.

Valery Orlov no está muy acostumbrado a nuestra manera de trabajar y por ello no llevamos GUIA PRACTICA de la región de Yakutia donde ha fotografiado a los evenos del río Tompo. Prometió mandarnos los datos pero las comunicaciones entre Moscú y Madrid no son todo lo buenas que deseáramos.

Alaska y el Yukon no son Siberia pero hay que reconocer que tienen muchas similitudes. Juan Carlos Sastre podrá atestiguarlo cuando se abra el Este soviético para los amantes occidentales de la naturaleza.

Abbie Enock, aventurero acostumbrado a pasarse por nuestra oficina de Londres, viene oportunamente a traernos un trabajo sobre Namibia cuando ésta se encuentra en las primeras páginas de la prensa diaria.

José Mijares y los hermanos Durantez abandonan el camión todo terreno para fundirse con la agreste naturaleza del macizo del Hoggar junto al animal más adaptado al desierto: el camello. Por esos parajes reposan los restos del padre Charles de Foucauld, asesinado por los tuareg en el primer cuarto de siglo.

Para terminar, este fin de verano es una oportunidad de que nos vengán nuevos aventureros —o los que ya nos conocen— con sus aventuras recién vividas. Los lectores, de pista o de sillón, se lo agradecerán.

Enrique Meneses  
Director Ediciones Internacionales

# HOGGAR EN CAMELLO

*Por el macizo sahariano del Hoggar, mientras se espera a los participantes del rally París-Dakar, todavía es posible viajar despacio y en camello, como en los viejos tiempos. El guía Hoba canta con nostalgia sobre los pedregales de la meseta de Assekrem.*

TEXTO: JOSE MIJARES.

FOTOS: J. MIJARES, JESUS Y JAIME DURANTEZ

**E**n el camino de In Salah el autobús encuentra que se ha terminado la carretera. El viaje a pleno sol por la pista arenosa se hace todavía más pesado y lento. En medio de la nada, aparece un control de aduana ambulante: nos registran los bolsillos y uno de los guardias nos ordena que nos desprendamos de nuestro camping-gas. Obedecemos de inmediato, no porque esa medida nos parezca razonable y justa, sino porque discutir en aquellas circunstancias hubiera sido una ridícula pérdida de tiempo.

Llegamos de noche a In Salah e inmediatamente nos subimos a un viejo camión Mercedes convertido en transporte de viajeros, para continuar hacia nuestro destino en Tamanrasset. Además de unos cuantos nativos y de nosotros tres viajaban en la bamboleante caja del camión dos alemanes, un japonés y un extraño cura español que había decidido retirarse para meditar si finalmente se decidía a ir a Nicaragua a pasar sus vacaciones de verano... Resultó ser un tipo bastante confuso y sorprendente.

Durante treinta horas para recorrer los 650 kilómetros que separan a ambas ciudades argelinas, tuvimos tiempo para detenernos varias veces a rezar y a comer. En medio del inhóspito caos se levantaban algunos casetuchos, en los que era posible comprar alcuza y rellenar las cantimploras.

A media tarde hicimos una parada ante la tumba de Muley Lahacone y dimos las tres vueltas de ritual a la ermita para alejar los malos espíritus y poner de nuestro lado la suerte. Apareció un hombre con una cafetera en la mano y

nos invitó, pero yo aborrezco el café y rechacé el convite. Todo el mundo se me quedó mirando sorprendido. El conductor del camión se me acercó y me explicó que quien rehúsa una invitación es porque es un tipo peligroso y un tipo peligroso que viaja con un grupo suele acarrear problemas. Corrí hacia el viejo de la cafetera y me bebí sin respirar un vaso de aquel horrendo líquido. Todo el mundo se quedó más tranquilo.

Al anochecer, el chófer volvió a parar; se preparó un té y nos invitó. Las frías estrellas del Sahara inundaban el cielo. Aquel hombre había excluido de la invitación a un grupo de muchachos malianos negros, de no más de quince años; yo imaginé en seguida las razones de su actitud, pero no me sentía con fuerzas para intentar solucionar problemas tan antiguos como el del racismo en África. El cura, en cambio, quiso echar una mano en el asunto. Menos mal que lo consideraban un turista; de otro modo, hubiese tenido problemas. A aquella gente no le gusta que los extraños se pongan a opinar sobre sus comportamientos.

Por fin llegamos a Tamanrasset, a mediodía, entumecidos y sofocados. Esperaba encontrar una perla del desierto, pero me pareció como un molusco vacío. La famosa capital de los tuareg no era más que un gran taller para reparar coches que cruzaban el desierto, un gran cuartel con militares venidos del norte y un zoco de inmigrantes que intentaban desesperadamente conseguir como fuese un poco de dinero. La mejor gente, la que queríamos conocer, estaba en los







**El sistema más práctico y barato para acercarse al Hoggar es, sin duda, el camión. A partir de Tamanrasset, el camello continúa venciendo todas las dificultades. En medio del desierto, nunca faltan pozos de agua adonde llevar los animales.**

campamentos, lejos, fuera de la ciudad.

Indagando en las numerosas agencias de viajes logramos ponernos en contacto con la persona que buscábamos. Hoba, un verdadero targuí que durante muchos años había trabajado con caravanas y viajado hasta Níger, experto conocedor del desierto, aceptó nuestro proyecto. Queríamos recorrer el Hoggar en camello durante ocho días, pero en ese tiempo no queríamos ver un sólo automóvil; además, sólo comeríamos comida targuí, beberíamos agua de los pozos, viajaríamos siempre al este de la pista. Nada de latas y agua embotellada ni de circuitos turísticos...

En el zoco nos aprovisionamos de lo necesario: harina para la *taguella*, pan, dátiles en abundancia. De regreso al

camping, estaban celebrando una fiesta muy nutrida en honor de unos visitantes ilustres llegados de Argel. Allí, el jefe de seguridad de la provincia de Tamanrasset, nos invitó a té, a presenciar los bailes y a escuchar las canciones.

Amaneció de golpe en el desierto, como siempre; uno tiene ganas de que llegue el día para dejar de pasar frío y luego se arrepiente en seguida porque se muere de calor.

Vinieron a buscarnos en un todoterreno para conducirnos al lugar en donde estaban los camellos, a una treintena de kilómetros. Tuvimos que dedicar el resto del día a atrapar los seis camellos que andaban extraviados entre los campos pedregosos y las arenas. De modo que no pudimos emprender el viaje proyec-

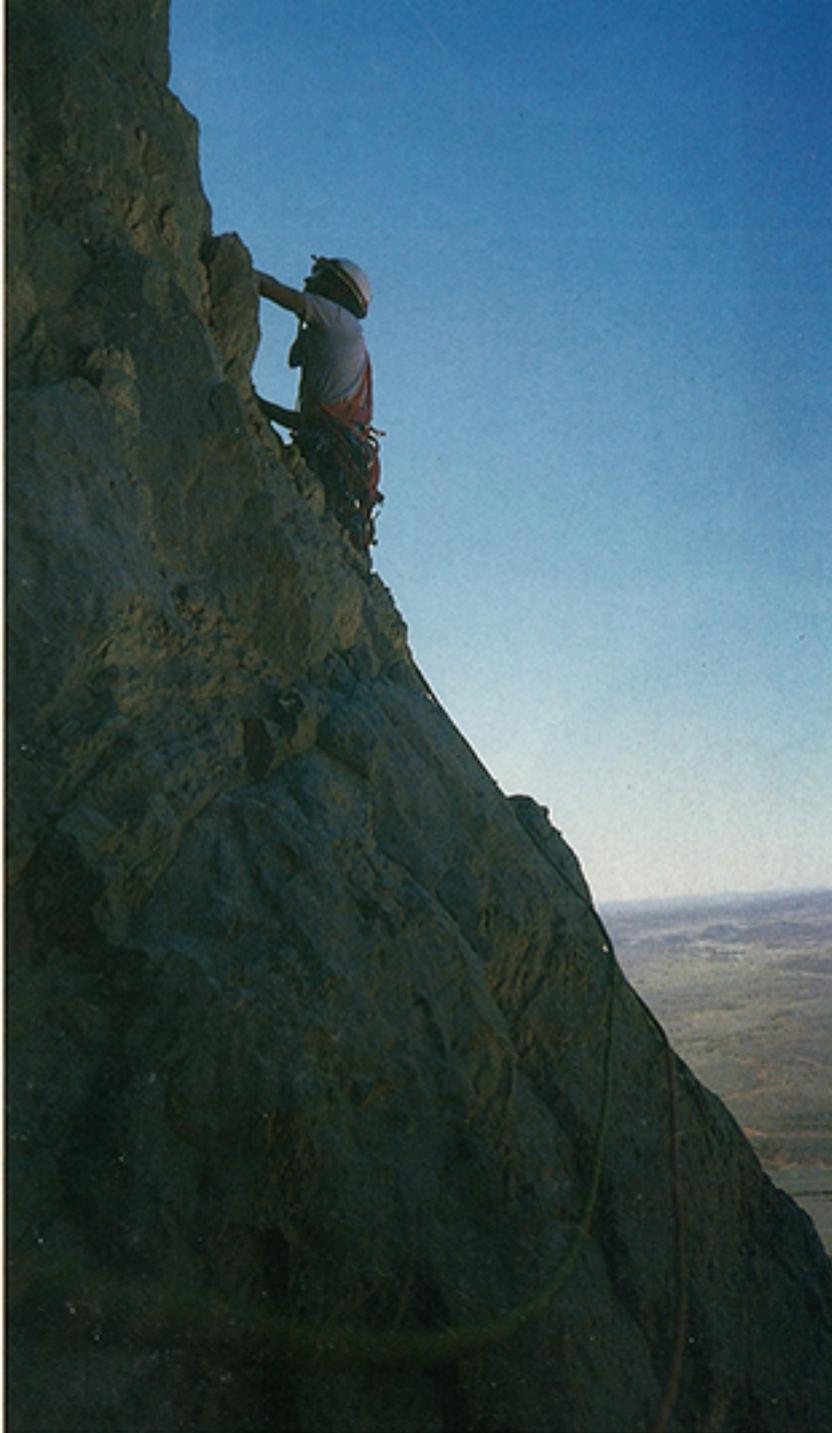
tado hasta el día siguiente. Hoba no daba ninguna importancia a ese insignificante retraso.

Muy pronto nos acostumbramos a las bamboleantes jorobas de los camellos, a subirnos y bajarnos de ellas con movimientos espasmódicos. Cada día recorriamos entre treinta y cuarenta kilómetros, que se nos quedaban bien marcados en el cuerpo. Al atardecer, desensillábamos a las «naves del desierto» y las dejábamos sueltas, con una manta encima, para que los propios animales se las apañaran para encontrar alimento. De esa manera teníamos la oportunidad de pasarnos cada mañana una o dos horas buscándolos por los alrededores...

El menú cotidiano era siempre el mismo: la *taguella*, dátiles y té. La *taguella*







El alcuzcuz norteafricano es una comida habitual y sabrosa en todo el Sahara, aunque el plato nacional de los nómadas tuareg es la taguella, cuyo proceso de horneado se ve a la izquierda. Las montañas invitan a una calurosa escalada.

es una especie de torta hecha con agua y harina de varios cereales, sin levadura. Se prende un fuego, se hace un agujero en la arena para meter dentro la torta, se cubre de arena y se colocan encima las brasas del rescoldo. La propia arena hará la función de horno. Se saca cuando está cocida, se lava y ya puede uno cenar, acompañándola con un pedazo de carne seca de cordero. Esta sencilla elaboración no es sin embargo, muy fácil de conseguir; a veces la arena que se mezcla con la masa la hace incomible y tampoco resulta sencillo encontrar el punto justo de cocción.

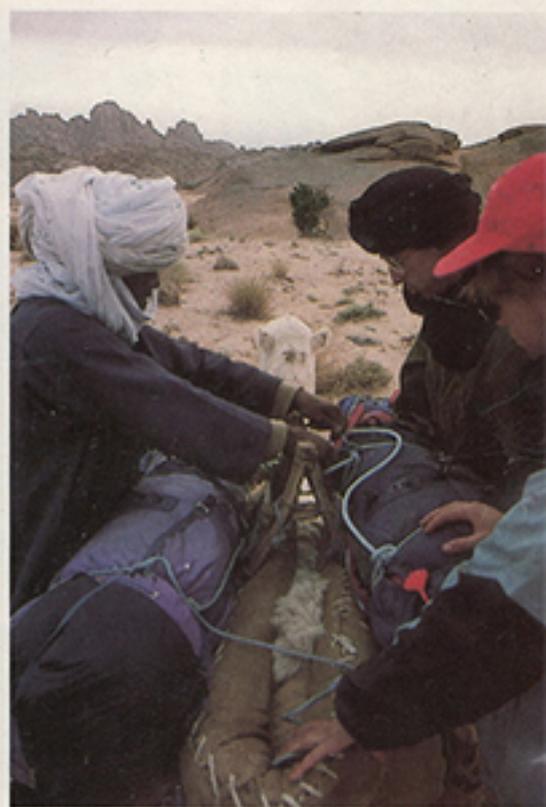
Las noches resultaban interminables. Hoba solía contarnos historias de los tuareg. Hasta nuestro campamento llegaron una tarde varios camellos y pregunté si

sus dueños no tenían miedo a perderlos; podían encontrarse a docenas de kilómetros. Hoba me dijo muy convencido que no, porque en el Hoggar no había ladrones. Puede que estuviese en lo cierto. Allí podía dormir tranquilo...

El Hoggar o Ahaggar no es un desierto como normalmente lo imaginamos, sino un ordenado caos de rocas y altas montañas y amplios valles que trocean esta atormentada geografía. Desde lo alto de los camellos se van descubriendo siempre cosas nuevas: ágiles gacelas en el horizonte, grabados prehistóricos, escrituras *tiulfar*, pozos, solitarias higuerras gigantes, pequeñas cascadas entre las rocas cuyo torrente desaparece en seguida en la arena, campamentos de nómadas...

Cada encuentro con otro campamento era una verdadera fiesta. Hoba se retocaba el *chéche* que le empaquetaba la cabeza, surgía un rosario de saludos y preguntas sin fin. En una ocasión que una mujer con su hijo nos descubrió tomando té, dio un gran rodeo por encima del valle del *uad* para no tropezar con nosotros; Hoba se tapó educadamente la cara para no mirarla.

El cuarto día de viaje llegamos al Assekrem; es la zona de los grandes picachos de basalto volcánicos por entre los que al atardecer se acuesta el sol llenando el cielo de tonalidades rojizas. Al amanecer, en las cumbres navega un mar de nubes brumosas que poco a poco va abriéndose hasta que el cielo, con la nueva luz, aparece nítido e inmenso.



**Contra la creencia más extendida, los paisajes del Hoggar se renuevan constantemente. Ningún lugar es igual a otro. A los ásperos pedregales y llanuras polvorrientas suceden los jardines de verdes palmerales y rincones de milagrosa vegetación.**

Desde el alto emplazamiento de la ermita del padre Foucauld, aquel misionero francés que permaneció muchos años refugiado aquí hasta que lo mataron unos sicarios libios, el paisaje vespertino parece una alucinación.

Los días iban transcurriendo de manera natural: sólo había que ocuparse de no caer de los camellos, de buscar agua, de descubrir el mejor acomodo para pasar las frías noches. A veces el camino subía por una empinada pedrera y desde lo alto descubríamos luego un inmenso valle completamente vacío. Hoba cantaba con voz melancólica... En otras ocasiones nos deteníamos al somero abrigo de una acacia llena de pinchos y emprendíamos breves escaladas por algunos picos, como la cara oeste del Hachime.

La región del Hoggar, naturalmente, no está vacía. Centro de nómadas en el mismo corazón del Sahara, encrucijada principal de los caminos que se agrupan para descender al África negra, abundan allí los oasis en que muchos tuareg han terminado asentándose. Cultivan penosamente *jardines* que permiten su subsistencia e incluso han ido surgiendo en los últimos años algunos poblados de cierta importancia, con puesto de policía y con escuela. Pero nuestra intención era no aproximarnos a esas aldeas. Queríamos encontrarnos a solas con el desierto.

De vuelta a Tam, el jefe Ali nos trató como si fuéramos amigos de toda la vida. Nos invitaba al mejor té y nos presentaba a la mejor sociedad de la capital tarqui... Incluso, yendo a su lado, po-

día uno saltarse las señales de tráfico, porque un jefe no puede perder el tiempo dando rodeos. Ese contacto permitió, entre otras cosas, que una pareja de recién casados españoles pudieran solucionar el problema de la pérdida del justificante del cambio de divisas. De otro modo, lo hubieran pasado muy mal, porque las autoridades argelinas no puede decirse que sean benévolas y generosas con los visitantes extranjeros.

Tamanrasset hervía de nerviosismo y tensión. Dentro de unos días se esperaba el universo enloquecido y ruidoso de los participantes en la carrera París-Dakar. Aquello tenía muy poco que ver con los tuareg, los camellos y la paz infinita en el corazón del Sahara.



- Capital: Tamanrasset es la principal población. Tiene rango de Wilaya (prefectura).

- Formalidades de entrada: no se requiere visado. Al entrar en territorio argelino, ya sea por avión, por tierra o barco hay que cambiar obligatoriamente un mínimo de 1.000 dinares por persona. En la aduana hay que rellenar minuciosamente el formulario de la declaración de divisas que se entregará a la salida del país. Ojo, como las cuentas no cuadren...

coles, viernes y sábados por 45.100 ptas. i/v, con máximo de 35 días.

- La agencia Mundo en Ruta tiene una tarifa ITE entre las dos capitales por 25.050 ptas. i/v, máximo 35 días.

- Air Algérie realiza vuelos internos Argel-Tamanrasset por 10.000 ptas. aproximadamente. Los menores de 21 años tienen un descuento del 20 por 100.

### QUE EPOCA ELEGIR

- El clima del Hoggar no

### TRANSPORTES

- El precio del viaje Argel-Tamanrasset es igual por avión que por autobús.

- La compañía de transportes SNTV realiza trayectos diarios entre Argel, Tamanrasset y Gardahia.

- Cada semana, desde Tamanrasset, unos autobuses especiales llevan a las localidades de: Abalessa, Silet, Idelés y Tazrouk.

- Desplazarse en camión es una buena solución. No es caro pero hace falta paciencia. Se viaja en la caja del vehículo.

- Se puede practicar el autostop.

### DONDE DORMIR

- Para llegar hasta el Hoggar por tierra, se puede hacer una parada en Gardahia. El hotel con más solera es el Rosthemides, en la parte baja de la ciudad. Es un lugar fresco donde venden cerveza. El hotel Transatlantique (tfn: 891001) está cerca del anterior y también tiene bar. Para gente joven está el Napht, en la avenida del Petróleo...

- A 245 kilómetros al sur de Gardahia se encuentra El Golea, un alto en el camino hacia el Hoggar. El hotel Boustan está en la carretera que lleva al Ksar. (tfn: 0-40). Tiene piscina y un buen palmeral.

- Una vez en Tamanrasset, el mejor hotel es el Tahat, en la carretera del Adriane, enfrente del ayuntamiento, es algo caro pero no hay mucho más donde elegir. El camping de las Zeribas, lugar de paso de todos los corredores de la París-Dakar, se incendió hace unos años. Las autoridades prometieron reconstruirlo...

- Al adentrarse en camellos por el Assekrem habrá que llevar tiendas de campaña o intentar alojarse en los campamentos targui.

- Ya en el Assekrem, en el macizo de Atakor, cerca de la Ermita del padre Fou-

cauld, un targui tiene un refugio donde se puede dormir y comer por 10 dinares.

### DONDE Y QUE COMER

- El mejor restaurante de Gardahia es L'Etoile, al lado de la comisaría. Sirven platos tradicionales argelinos y mozabites. En Chez Madeleine, también enfrente de la comisaría, donde se come relativamente bien, es además el lugar ideal para hacer autostop. Conseguir un enchufe requiere dar conversación a Kader...

- En El Goléa no hay muchos sitios especiales donde comer. El mejor lugar es el restaurante del Oasis.

- En Tamanrasset hay varios bares donde sirven la chorba y el cuscús por pocos dinares. Uno de ellos es el Restaurant des Amis des Africains en la avenida Abdel Kader. Cerca del ayuntamiento hay dos restaurantes pequeños donde sirven comida más refinada.

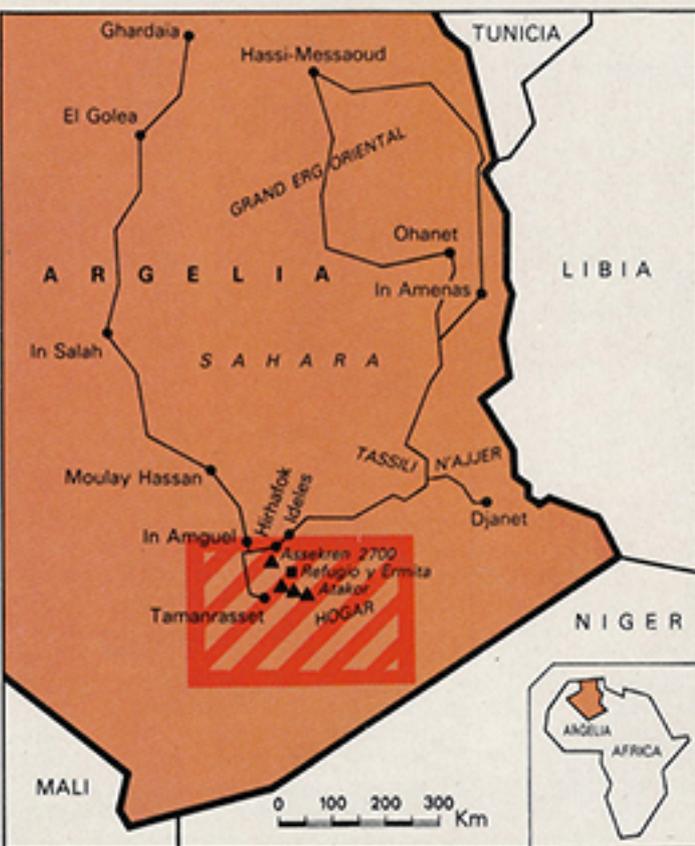
- En las tiendas Chez Laroui se podrá conseguir todo el material de abastecimiento para realizar una travesía por el Assekrem, desde comida hasta repuestos del camping-gas.

- En la entrada de la ciudad, frente al puesto de policía, se encontrará un ultramarinos con latas de conserva de verdura, sardinas, atún, frutas, arroz, pastas y quesos. También hace las veces de estanco de tabaco.

- La comida de los nómadas está hecha de cereales, leche, dátiles y carne, tan sólo en ciertas ocasiones. El pan fabricado por los tuareg es la *tagella*, *kesra* en árabe, más parecido a una torta de sémola que a una de harina. Los viajeros preferirán probar el *mechui* de cordero acompañado de un *cuscús*.

### COMO EQUIPARSE

- Como siempre, al viajar



- Embajada de la República Argelina Democrática y Popular: Calle General Oráa, 12. 28006 Madrid. Tfn: (91) 441 60 65.

- Moneda: 1 dinar equivale a 25 pesetas.

- Horario: Cuando en España son las doce del mediodía, en el Hoggar son las once de la mañana.

### COMO LLEGAR

- Iberia vuela Madrid-Argel todos los martes, miér-

es tan sofocante como el del resto del Sahara. En julio, la temperatura media de Tamanrasset oscila entre los 35 y 40 grados. Durante los meses de invierno, de noviembre a febrero, las noches son muy frías, pero las temperaturas diurnas son agradables (20-25 grados).

- El Assekrem tiene un clima más rudo. En invierno puede nevar.

- Las mejores fechas para visitar esta zona son el invierno o la primavera.